

cadáver quedó abandonado. Cometido este crimen, los bandoleros se dirigieron, al amanecer del siguiente día, á la hacienda de San Vicente, situada en el distrito de Cuernavaca; y á las seis de la mañana entraron en ella, llevando, los que hacian cabeza, cubiertos los rostros con pañuelos; se arrojaron sobre los pacíficos dependientes españoles que en ella habia, entregados á sus faenas en las diversas oficinas de la finca, y sin piedad ninguna les asesinaron, diciendo que lo hacian por orden de *su jefe*, agregando que igual suerte estaba reservada á todos los españoles de la comarca, pues eran, por su nacionalidad, el blanco de su odio. Las inocentes y desgraciadas víctimas fueron D. Nicolás Bermejillo, hermano de D. Pio Bermejillo, dueño de la hacienda, D. Juan Bermejillo, sobrino del mismo, D. Ignacio de la Tijera, administrador de la finca y D. Leon Aguirre, personas entregadas completamente al trabajo y ajenas del todo á la política. Que la orden recibida se concretaba á los españoles, se ve claramente de que en nada ofendieron á un maquinista francés que habia en la hacienda, y que se salvó igualmente Don José María Labuc, dependiente tambien de la finca, el cual al oír en el momento que le herian, que la orden de matar solo hablaba con los españoles, dijo que no era español, sino vasco-francés, con lo cual alcanzó no ser asesinado.

Se dijo que el plan de los malvados, al dirigirse la noche anterior á la hacienda de Chiconcuaque, llevándose á D. Víctor Allende para conseguir que les abriesen la puerta, habia sido asesinar á una parte de los dependientes españoles, valiéndose de los otros para penetrar,

en la misma noche, por medio de una estratagema semejante, en las haciendas de San Vicente, Temisco, el Puente, San Gaspar y Alacamulco, y apoderarse de los dependientes de la misma nacionalidad que en todas ellas habia, para repetir iguales escenas de sangre. Los ejecutores del sangriento drama de San Vicente, despues de haber cometido su crimen y de haber saqueado la hacienda, se alejaron sin mencionar el nombre del jefe que decian que les habia ordenado la ejecucion de aquel horrendo hecho; pero todos sospechaban que habia sido emanada de alguno de los contra-guerrilleros que se habian unido á la division del general Don Juan Alvarez. Esta sospecha no estaba destituida de fundamento. Las circunstancias en que se cometieron los asesinatos, eran las que daban fuerza á esas sospechas.

Hacia muy poco que se había verificado el hecho de armas entre las tropas de Don Juan Vicario y las de Don Juan Alvarez en un punto próximo á Cuernavaca: triunfante el segundo, sus tropas, en número de dos mil hombres, permanecieron por aquel rumbo, y sabido era que á la expresada division, antes del hecho de armas contra Vicario, se habian unido algunos jefes de contra-guerrillas de antecedentes poco honrosos, cuyos subordinados no eran de mejor moralidad y conducta que ellos.

Esos terribles asesinatos, cometidos exclusivamente contra españoles; las palabras de los foragidos asegurando que la misma escena se repetiría en todos los puntos de la comarca donde hubiese peninsulares, unido todo esto á que ya desde antes habian sido atacadas en varios puntos del Sur, como en Iguala y Yantepec,

1856. las propiedades de algunos españoles por las gavillas de malhechores que infestaban aquel rumbo, esparcieron el terror y la alarma en todas las familias. Los españoles que habitaban en el Sur, juzgando por los hechos recientes que acababan de pasar, que se había organizado una persecucion de muerte contra ellos, abandonaron sus fincas de campo, sus establecimientos de comercio en las cortas poblaciones, y se dirigieron á Cuernavaca, buscando un refugio á la injusta persecucion que se les había declarado.

El gobierno de Comonfort, al tener noticia de los crímenes cometidos, se manifestó altamente indignado, y dictó las órdenes convenientes para que se persiguiese sin descanso á los asesinos. En la comunicacion que con este objeto y con fecha 12 de Diciembre le dirigió el ministro de la guerra á Don Benito Haro, comandante principal de Cuernavaca, le decia que, «el gobierno había sabido con el mas profundo sentimiento los crueles asesinatos cometidos en la hacienda de San Vicente, y que no pudiendo ser indiferente á males tan graves que afectaban á la sociedad entera, y muy especialmente á los que dedicados á las labores del campo tenían su vida expuesta y á merced de los bandidos que atentaban contra ellas, el presidente disponia que, por todos los medios que fueran posibles, persiguiera á los malhechores hasta aprehenderles, para que sufriesen el castigo á que se habían hecho acreedores con arreglo á las leyes que reclamaba imperiosamente la vindicta pública.»

Otra comunicacion no menos digna se le dirigió al gobernador del Estado de Méjico por medio del ministro

Don José María Lafragua. En ella manifestaba que el presidente Don Ignacio Comonfort se hallaba indignado y comovido por los crímenes perpetrados en laboriosos españoles. «Desde que hace un año,» decia, «ocupó la primera magistratura, dedicó sus esfuerzos á garantizar la propiedad, porque está convencido de que esta es una de las principales bases del edificio social, y porque comprende que el primer deber de los gobernantes es asegurar las garantías que los ciudadanos tienen derecho de disfrutar en un país civilizado. Por esto ha sentido que las continuas revueltas que han conmovido á la república durante este año, hayan sido parte tan eficaz para que el gobierno no haya logrado evitar los atentados que facinerosos que se aprovechan de las convulsiones políticas, han cometido en algunas partes, y especialmente en el Sur del Estado, y que á los ojos de los que no penetran las causas de nuestros males y no pueden por lo mismo medir las dificultades con que la administracion tiene que luchar, pueden aparecer como resultado de un abandono culpable.»

Pero resuelto S. E. á conservar el orden y defender las propiedades, dispone que V. E., bajo su mas estrecha responsabilidad, haga perseguir sin tregua á los bandidos que infestan el Estado y en particular á los autores del atentado referido, haciendo castigar con todo el rigor de las leyes y con toda la brevedad posible á los culpables, sean quienes fueren: porque antes que todo son la justicia y el orden.»

1856. Estas últimas palabras de la comunicacion sean quienes fueren; porque antes que todo son la jus-

*ticia y el orden*, revelaban que el gobierno mismo participaba de la sospecha general de que el autor de la orden dada para cometer los asesinatos, debía ser alguno de los jefes de contra-guerrillas que, prevalido de las circunstancias, habia llevado á cabo su funesto pensamiento; pero esto no pasaba de una suposicion mas ó menos vehemente, y, por lo mismo, sin ofender á nadie, recomendó la aprehension de los que hubiesen perpetrado el crimen para aplicarles el castigo que la justicia dispusiera. En el público se hicieron diversas conjeturas sobre quién podia haber sido el que dirigió el terrible golpe que la sociedad entera lamentaba; pero esas conjeturas eran de todo punto inadmisibles, no solo porque carecian de fundamento, sino porque estaban hechas bajo la influencia de las pasiones de partido. La honra de un individuo vale mas que el mismo individuo; y si crimen es el asesinato de una persona, mas lo es el asesinato de su honor. Sabido es que en las contiendas políticas de todos los países, cada partido tiene empeño en señalar á ciertos jefes del bando opuesto, como prototipos de todos los defectos y de todos los delitos, y con frecuencia acontece que se atribuyen crímenes horribles á quien acaso jamás se manchó con ninguno de ellos.

Debemos creer, pues, porque todo concurre á denunciarlo así, que el crimen reconoció por origen el odio particular de algun jefe oscuro y de poca importancia, contra los españoles; pero seria injusto aventurar un nombre determinado, puesto que no existe prueba ninguna para designar el de persona alguna. Yo creo, con toda la conviccion de mi conciencia, que esa excitacion contra los españoles, en algunos políticos

fanáticos que nunca faltan por desgracia en todos los partidos, provenia de la lectura de algunos de sus periódicos, cuyos redactores no podian comprender el patriotismo sin hacer odioso el nombre de los que gobernaron por tres centurias aquel hermoso país; sin presentar á los peninsulares radicados en la república, como unos ambiciosos y tiranos, conspirando con el clero y el partido conservador para que Méjico volviese al dominio de España. Los discursos vehementes pronunciados en aquel año por algunos oradores el dia 16 de Setiembre, y los repetidos artículos que, con cualquier motivo, se escribian pintando á los españoles con pincel recargado de infiel y palpitante colorido, solo por excitar el odio del pueblo contra el partido conservador á quien siempre acusaban con igual injusticia, de estar de acuerdo con los peninsulares, era preciso que produjeran en una parte de la clase menos pensadora, malquerencia y antagonismo. Era una arma de partido puesta en juego desde la independencia para desconceptuar al partido conservador; pero una arma altamente perjudicial para los españoles pacíficos y honrados, puesto que ella excitaba en el vulgo injustos y profundos odios.

Todo esto en el vulgo, y muy particularmente en el vulgo de las cortas poblaciones, predisponia los ánimos de algunos contra los españoles, dando, como hemos visto, resultados funestos. Se ha dicho por algunos periodistas liberales, que parte del odio de unos cuantos individuos poco ilustrados, provenia tambien de que varios peninsulares militaban en el partido conservador. Pero no era esta la causa; la causa estaba en los escritos y en los discursos patrióticos. Españoles milita-

ban tambien, y en mayor número, en las filas liberales, como lo demostraré á su tiempo; y sin embargo, la prensa conservadora, es preciso hacerle esta justicia, así como sus oradores, nunca pronunciaron frases ofensivas, ni contra ellos, ni contra los ciudadanos de ningun país, no obstante haber bastantes extranjeros en el ejército liberal, resultando de aquí que el pueblo nunca hiciese demostracion ninguna contra hijos de otras naciones. El pueblo de Méjico es el mas dócil, el mas inofensivo, el mas afectuoso que conozco yo, y nunca hará demostracion ofensiva contra nadie, si no se ve excitado por algunos hombres inquietos.

Los periódicos de todos los colores políticos se manifestaron indignados por los asesinatos cometidos en los dependientes de la hacienda de San Vicente, y la sociedad entera lamentó aquellas desgracias.

El gobierno, celoso de su deber, dictó, como hemos visto, cuantas providencias estaban de su parte para apoderarse de los criminales, y esas providencias le justifican ante el mundo entero, de los cargos que de indolente le acusaron entonces sus enemigos políticos. En un país en revolucion, y un país tan vasto y despoblado como aquel, donde es fácil, por lo mismo, sustraerse á la accion de las autoridades, internándose en puntos enteramente desiertos, no le seria dable á ningun gobierno del mundo, por bueno que fuese, de precaver todos los daños, de evitar todos los crímenes.

A fin de calmar los temores de los habitantes de la comarca de Cuernavaca, el gobierno reforzó la guarnicion de esta última ciudad con 500 hombres, para que con in-

cesante empeño se emprendiese la persecucion de los que habian cometido el crimen, y nombró un juez especial, con la única mira de que prosiguiera y sustanciara en el tiempo mas breve posible la causa que habia empezado á formar ya de los criminales el juez ordinario del partido. Pero aunque estas medidas eran justamente elogiadas, el temor continuaba apoderado de los ánimos, y las haciendas siguieron por mucho tiempo abandonadas de sus dueños, refugiándose ellos y sus dependientes en Cuernavaca y en la capital, pues habia corrido la alarmante voz de que habia un sistema de persecucion organizado contra los españoles.

El presidente D. Ignacio Comonfort comprendió entonces que la confianza no se restableceria mientras estuviesen por aquel rumbo las tropas del general Don Juan Alvarez; y deseando no solo volver la tranquilidad á los hacendados y á sus familias, sino que la agricultura no sufriese perjuicio con la ausencia de los que mas se habian dedicado á su adelanto, ordenó que se retirase de allí la division del expresado general, pues la presencia de algunas partidas que estaban en ella, era motivo de alarmas y recelos para los habitantes de aquel rumbo.

Todos aplaudieron la actividad desplegada por el gobierno para no dejar impunes los crímenes cometidos en San Vicente; pero las consecuencias que brotaron de la escena sangrienta consumada, fueron altamente fatales para él; tanto porque aquellos hechos agriaron mas y mas la cuestion española, bastante erizada de dificultades, ya por lo relativo á la convencion, cuanto porque sirviendo de poderosa arma á los antagonistas del gobierno para desconceptuarle con las naciones extranjeras, dejaban en

la sociedad una impresion profundamente dolorosa que no era fácil desarraigar.

1856. A estos males que aquejaban al gobierno, se agregaba otro de no menos importancia: lo exhausto de la hacienda: el estado precario del tesoro. En este ramo nada se habia hecho, nada se habia adelantado; y el nuevo ministro de hacienda D. Miguel Lerdo de Tejada, propuso, para crearse recursos, algunas medidas que no juzgó prudente admitirlas el presidente Comonfort, que anhelaba seguir una política conciliadora. El Sr. Lerdo presentó su dimision al verse contrariado, y entonces la prensa liberal progresista, levantó el grito pidiendo al gobierno que no admitiese la renuncia de un hombre que como nadie habia comprendido la senda del progreso por donde se debia marchar. «Nosotros creemos,»—decia *El Monitor Republicano* del 21 de Diciembre,—«y con nosotros todo el partido liberal, que no debe de ninguna manera aceptarse la renuncia del Sr. Lerdo. El Sr. Lerdo es hoy en el gabinete, en el poder, en la política, la personificacion de una idea, su nombre solo es un programa. Véase, pues, en esto si convendrá su separacion. Una crisis ministerial hoy, detendria los negocios. ¡Y precisamente para vivir, para ser, para hacer la felicidad pública, se necesita marchar, progresar!... La menor detencion ahora, seria peligrosísima. En nombre de todos los liberales, de todos los mejicanos que aman á su patria, pedimos al Sr. Comonfort, que no acepte la renuncia del señor Lerdo de Tejada.» El *Trait d' Union*, despues de traducir el anterior artículo, añadia: «Esta apreciacion de *El Monitor*, es de las mas verdaderas y mas justas.»

Al clamor de la prensa reformista, se agregó la opinion de una gran parte de los diputados al congreso general, y los remitidos de los interesados en la nacionalizacion de los bienes del clero y partidarios de la reforma revolucionaria, que aseguraban que, la admision de la renuncia de Lerdo, equivalia á un paso hácia el retroceso y el oscurantismo.

D. Ignacio Comonfort habia hablado entre tanto á D. Manuel Payno para que se hiciese cargo de la cartera de hacienda; pero con una franqueza leal y noble, manifestó, al ser invitado, que su programa diferia en puntos bastante esenciales del iniciado por D. Miguel Lerdo, y que por lo mismo, temia no poder desarrollarlo.

El presidente, viendo que el partido exaltado continuaba insistiendo en que no se admitiese la renuncia de Lerdo, manifestó á éste su deseo porque siguiese en el ministerio.

Así terminó el año de 1856: sin haber mejorado en nada la hacienda; agregada á la guerra de principios políticos la de ideas religiosas; desamparados los pueblos fronterizos y devastados por los indios salvajes; con un pronunciamiento amenazador en San Luis Potosí; con activos caudillos disidentes en campaña, que tenian en jaque á los comandantes generales de los principales Estados; inquietos los hacendados del rumbo del Sur por temor de nuevos desmanes; paralizada la agricultura, muerto el comercio, y complicadas las dificultades de un arreglo con España.